

Aitana Sánchez-Gijón, actriz

“EL TEATRO TIENE UN PODER TRANSFORMADOR”

De ella ha dicho Mario Vargas Llosa: “La mujer perfecta existe y se llama Aitana Sánchez-Gijón”. Ha sido, entre otras, la gata sobre el tejado de zinc, la camarera del *Titanic*, y esa Medea sobrehumana y feroz que fue calificada unánimemente en 2015 como magistral y que ahora Aitana ha recuperado en el espectáculo *Medea, ¿una lectura dramatizada?*, que se estrenó recientemente en el Teatro del Barrio de Madrid y que está de gira por España. “Medea simboliza la fuerza de la Naturaleza en todo su poder creador y destructor”, dice. Aitana, siempre Aitana.

Por Luis Eduardo Siles

Días antes de que se estrenara ‘Medea’ en el Teatro de la Abadía, en la primavera de 2015, dijo usted que sentía como si llevara los 46 años que entonces tenía preparándose para afrontar algo así. Además, afirmó que durante ese tiempo la boca se le llenó de llagas por el dolor emocional que sintió durante los ensayos. ¿Qué fuerza ejerce Medea sobre usted?

—Una fuerza irracional, en gran medida inexplicable. Yo la siento como una solitaria que se me hubiera quedado pegada en las tripas y que habita en mí. Que hemos llegado como a un acuerdo tácito, porque me deja hacer otras cosas, ha estado en letargo durante todo el año 2016, y yo, mientras tanto, he interpretado ‘La rosa tatuada’, de Tennessee Williams, he ido a Vietnam a rodar una película, y estoy haciendo de Isabel la Católica en una serie, pero Medea estaba ahí, toc-toc, tocando a la puerta, como diciendo “bueno, ya está bien, ahora sácame un rato a pasear”. Medea está ahí, y necesita salir a tomar el aire del vez en cuando.

—Medea raya la locura pero no está lo-

ca. ¿Cómo se lleva eso a la interpretación?

—Acudiendo al origen de todo. Hay que entender de dónde vienen los actos que ella acaba cometiendo. De qué impulso primigenio. Y ella siente el dolor más profundo y desgarrador, que ya no le queda nada, que ha sido humillada, desterrada, privada de sus hijos, de su hombre, ese hombre que, por cierto, le prometió amor eterno. Un hombre por el que ella ha hecho todo, cada acto de su vida, desde el momento en el que se enamoró rendidamente de él ha sido para mayor gloria de ese hombre. Entonces, se trata de entender que una mujer que ha puesto en servicio de su hombre su vida entera, y es traicionada de esa manera, pues yo entiendo que eso te pueda llevar a cierta locura, y a un desgarrar tan profundo que ya no te queda nada, ya no merece la pena

“Medea simboliza la fuerza de la Naturaleza en todo su poder creador y destructor”

vivir, y, como dice Medea, “mi única paz será ver el mundo entero sepultado entre mis escombros, que todo desaparezca conmigo; sosiega matar cuando te matan”. Y yo, naturalmente, no estoy justificando un acto tan demencial y tan terrible como el de matar a tus propios hijos, por supuesto que no, pero estoy tratando de comprender como actriz de dónde parte un acto tan desesperado y tan tremendo.

—Es decir, en el momento de aproximarse al personaje, usted conversa con él y no lo juzga.

—El acto que comete Medea me parece terrorífico y, por mucho que comparta su dolor, resulta espantoso. Yo, por supuesto, nunca sería capaz de llegar a ese extremo. Además, mi manera de entender el amor es muy diferente a la manera de entender el amor de Medea. Medea se pierde en su hombre. Medea posee a su hombre y es poseída por él. Y, cuando el amor se entiende como una posesión en la que uno se disuelve en el otro, ahí empiezan los problemas. En la obra se dice: “No hay mayor dolor que el amor”. Pero al margen de la cuestión del amor, la traición, los celos y el despecho, que evidentemente son temas centrales en *Medea*, yo creo que lo que ha hecho que esta obra trascienda y atraviese el paso de los siglos y continúe siendo un referente y un arquetipo al que siempre volvemos y volveremos, yo creo que además Medea, en un nivel más profundo, simboliza a la propia Naturaleza, es la fuerza de la Naturaleza en todo su poder creador y destructor. Medea es creadora porque ha parido a sus hijos. Y ha creado el enorme poder de un hombre con sus artes de hechicera y con su amor totalmente inabarcable. Y ella misma es capaz de convertir todo eso en lo contrario: en una fuerza destructora. Pero Medea es la fuerza de la Naturaleza en todo su poderío.

—¿Es Medea el gran personaje de su carrera?

—Hasta este momento, sin duda, sí lo es. Y lo es también porque trasciende el hecho teatral. Porque me coloca frente al gran misterio, me saca de lo racional y me hace entrar en un territorio que no controlo y que no domino. Yo solamente me puedo guiar por esta necesidad ex-

traña que me impulsa a volver a afrontar el encuentro con ella. Pero tampoco entiendo muy bien cuál es la razón profunda de todo esto. Y me gusta salirme de esa parte racional que yo tengo muy marcada y dejarme llevar por algo que tiene que ver con otras cosas: eso que yo creo que remite más con el misterio de la propia existencia.

—En *Medea*, ¿una lectura dramatizada? interpreta usted a todos los personajes de la obra.

—Sí, en principio, Andrés Lima, el director, me dijo que estaba pensando que hiciera un monólogo. Y yo me quedé aterrada. Le contesté que ni se le ocurriera, que no me dejara sola en el escenario, que no, que no... Porque no me gustan los monólogos. Y he desembocado en esto casi sin darme cuenta. Porque la idea proviene de una propuesta que en su día me formuló la Universidad Menéndez y Pelayo

de Santander de que hiciera una lectura dramatizada del texto que yo escogiera, y yo elegí *Medea*, que era lo que estaba haciendo en ese momento para el Teatro de la Ciudad. Pero me di cuenta de que el libreto se me caía de las manos la mayor parte del tiempo, porque no lo necesitaba, porque me bastaba yo sola, porque la tenía incorporada, y estar en la lectura era para mí como dar diez pasos atrás. El espectáculo se ha convertido en un híbrido en el que yo hago todas las voces. El impulso parte del mismo sitio, las acciones, lo que me ocurre a mí es lo que sucedía cuando lo interpretaba con el resto de mis

“Para mí, el teatro es un lugar sagrado en el que siento que soy libre”

compañeros, y lo único que cambia es que yo, de vez en cuando voy al libreto y hago las demás voces, la del Corifeo, la de Creonte, la de La Nodriza, la de Jasón. Pero incluso por momentos también suelto el texto y me hablo y me respondo a mí misma, y entonces vivo esa especie de personalidad múltiple sobre el escenario.

—¿El teatro vuelve continuamente a los griegos porque las dudas y las preguntas que planteaban aquellos clásicos todavía no han sido desveladas?

—No han sido desveladas ni lo serán nunca. Porque son las grandes cuestiones. Pero lo que hacen los griegos es ponernos en un espejo y cuestionarnos como seres humanos, y reflejarnos, y hacer que aflore lo que permanece oculto. Porque, como decía Joseph Campbell, los mitos griegos nos remiten a nuestro inconsciente colectivo. Nos conducen a nuestros ancestros, a lo que hemos sido siempre como



F. MORENO

seres humanos, y es como la cadena de transmisión que nos liga a nuestro pasado y de donde viene todo.

—Usted interpretó con Mario Vargas Llosa *Los cuentos de la peste* en el Teatro Español de Madrid. Y Mario Vargas Llosa ha dicho: “La mujer perfecta existe y se llama Aitana Sánchez-Gijón”.

—Bueno, bueno... (Risas). Eso fue un regalo de Mario cuando me dieron la Medalla de Oro de la Academia, y yo se lo agradezco profundamente. Se nota que somos amigos y que nos queremos. Lo que puedo decir es que con Mario he compartido escenario y amistad y largas charlas y complicidades, y él es un ser generoso y un maestro. No puedo más que darle las gracias.

—Rafael Alberti le escribió un poema. Decía: “Para Aitana, la niña nueva. Aitana, estrella naciente/hispano italiana./ Nuestro triste hoy/será luz mañana/ Duerme Aitana hoy/ Despierta mañana”.

—Sí, sí, me dedicó un poema cuando cumplí un año y lo tengo en casa. Porque además tiene eso que hacía Rafael, que él dibujaba sus poemas, y es un cuadro maravilloso. Me lo escribió en un contexto determinado. Porque tanto mi padre como él vivían en Roma, donde yo nací, porque estaban exiliados y aquel poema fue una carta abierta a la esperanza de que mi generación viviera una España distinta a la que estaban viviendo ellos.

—Usted ha sido Medea, y ese personaje arrastrado que era La Chunga, o la jovial camarera del *Titanic*. Personajes muy distintos que usted ha hecho creíbles. ¿Cómo trabaja cada personaje?

—Trato de aproximarme a ellos. Cada personaje es un mundo. Y depende del lenguaje que se esté utilizando en cada caso, de si están basados en obras literarias o son personajes históricos. Usted ha mencionado a tres que... no lo sé... Intento dotarlos de verdad, ser honesta y, como decía antes, no juzgarlos. Intentar comprender de dónde parten. Y encontrar cosas muy específicas, que los saquen poco a poco de una imagen prototípica. Busco dotarlos de alma haciendo un trabajo específico y hallando la especificidad de cada uno de ellos.

—¿Cómo explica que algún crítico tea-



E. MORENO

Ser de izquierdas

—De usted se ha escrito que es “una roja pensante y actuante”. ¿Profesionalmente le ha afectado alguna vez esa decidida adscripción a la izquierda política?

—No, permanentemente he podido expresar mi opinión con libertad y nunca me ha afectado ser de izquierdas. Ni personal ni profesionalmente. Sería bastante grave que ocurriera algo así, ¿no? Por eso vivimos en una democracia, para que cada uno exprese libremente lo que siente y lo que piensa. Yo, como ciudadana, siempre me he sentido con el derecho de hacerlo. Y, sinceramente, a mí, personalmente, nunca me ha afectado. A mí,

central haya calificado alguna de sus interpretaciones como frías?

—No lo sé, eso se lo tendría usted que preguntar al crítico que lo dijo.

—Ha hecho usted teatro, cine y televisión —en una serie de gran éxito, *Velvet*—. ¿En qué medio se siente más cómoda?

—En el teatro. Para mí el teatro es un lugar sagrado, en el que siento que soy más libre, por supuesto respetando las pautas, la dirección. Pero el teatro es el medio en el que me siento más dueña de lo que hago. El teatro significa ese pacto sagrado entre el espectador y el actor, que si uno lo piensa fríamente es absurdo, porque unos señores se sientan en el patio de butacas, los otros señores están encima del escenario, y entre ellos acuerdan tácitamente que los que están sobre el escenario van a empezar a hacer de otras personas y a contar una historia, y los de abajo se lo tienen que creer. A mí eso me parece mágico. Y por eso me gusta especialmente el teatro. Porque el cine, quieras que no, aunque sea un artificio, mucho más artificio por cierto que el teatro en su manera de hacerlo, sin embargo la sensación que da es de mucha más veracidad, porque puedes incluso confundirlo con un documental, o uno puede pensar que eso sí ocurrió en otro momento, porque es como si estuviera en un contexto distinto al que se encuentra en ese momento el espectador. Pero el momento común que en el teatro comparten el actor y el espectador es de comunión y tiene un valor muy especial para mí.

—En su opinión, ¿el teatro es “una importante herramienta política”, como sostiene el director Simon Stone y otros, o si en embargo ocupa únicamente el ámbito de la ficción?

—El teatro, como todas las artes, tiene un poder de transformación en lo social. Y con esa misión nació en la Antigua Grecia. A partir del teatro se creó la democracia, la conciencia cívica, y los ciudadanos se formaron como ciudadanos. Es decir, el teatro siempre ha tenido una importancia fundamental a la hora de reflexionar, de lanzar preguntas. En definitiva: de renovar. Naturalmente que creo en la dimensión política del teatro.

—¿Su rostro es en sí mismo una dramaturgia?

—Guay, qué halago más fantástico... No lo sé, no lo sé... Yo pretendo que mi rostro sea como mi cuerpo, un vehículo de expresión, y que se ponga siempre al servicio del personaje que está interpretando. ●